

El último puzle

Rafael Belmonte Agüera

...hablan a veces del sufrimiento como un misterio. La verdad es que es una revelación.

Oscar Wilde

Es mejor sufrir una vez que estar en un sufrimiento perpetuo.

Cayo Julio César

Una familia malvive desorientada en su propia casa, asfixiada a causa de una violenta situación que, como una terrible enfermedad, el tiempo se ha encargado ya de cronificar y hacerla insoportable. Sus habitantes, hartos de buscar infructuosamente una solución pacífica, desmoronados entre miedos, dudas y muy pocas certezas, conciben torpe, taimada y conjuntamente un plan para apartar, eliminar el *problema* a su manera.

Escenario:

Desnudo. No hay decorados. Con un ciclorama, en el cual se represente cuanto se necesite, el juego de luces y la utilería que se especifica bien pudiera ser suficiente.

Personajes:

ABUELA, ISABEL. - Alrededor de setenta años, madre de Raquel.

NOVIA HIJO, NOEMÍ. - Por pocos, pasa de los veinte.

HIJO, DANI. - El hijo mayor de Raquel y Daniel. Alrededor de veinticinco años.

MADRE, RAQUEL. - No llega a los cincuenta.

PADRE, DANIEL. - Pasa de los cincuenta.

HIJA, CAROLINA. - La hija menor de Raquel y Daniel. Aparenta quince años, aunque tiene alguno menos.

VECINA. - Unos cincuenta años.

ACTO I

ESCENA I

ABUELA. -

Casa de DANIEL y RAQUEL.

*Distante, se deja oír la voz imprecisa de un televisor dando
noticias.*

*Mesa a medio quitar tras haber comido tres personas.
Quedan algunos platos con desperdicios. Varios cubiertos y dos
sillas yacen tumbados o abandonados en el suelo, cerca de
montoncillos de brillantes cristales pertenecientes probablemente
a vasos rotos. Sobre la mesa, una botella caída derrama todavía
su contenido en el suelo con un chorro constante que, golpeado
por un vivo rayo de sol que penetra por una ventana, irradia un
generoso haz de luz cual diminuta y luminosa catarata.*

*Entra la **ABUELA**, con aspecto desangelado y ojos
llorosos, con idea de poner orden: desconecta la invisible
televisión, levanta sillas, coloca de pie la botella, atrapa cristales,
que deposita en un plato, recoge cubiertos, platos y vasos y sale.*

OSCURO.

ESCENA II

NOVIA HIJO, HIJO. -

Habitación de la novia en la casa de sus padres.

El monótono y lejano canturreo de algunos gorriones llega hasta la estancia, bañada por la luz de una luminosa mañana.

NOVIA HIJO: Respóndeme, ¿cuándo vas a presentármelos? Ya los hemos dejado colgados dos veces. Me harán a mí responsable de eso. Creerán que no quiero ir. Que soy una despegada. Que soy una de tantos que no quieren saber nada con la familia. Y yo no soy así. Y creo que tú tampoco. ¿Verdad, mi amor?

HIJO: Déjalos, que piensen lo que quieran. *(Se rectifica)* Quiero decir, que ellos no pensarán eso de ti, porque yo me encargo de que no lo hagan. Aunque aparentas tener mucha prisa. Demasiada, para lo que te vas a encontrar.

NOVIA: Me suena extraño, un sinsentido, que les demos tantas largas. Al fin y al cabo serán mis segundos padres.

HIJO: Qué ridiculez, eso suena a antiguo en tus labios, a rancio, segundos padres.

NOVIA: ¿Y qué otra cosa serán? Me puede la curiosidad de conocerlos, de hablar con ellos.

HIJO: Olvídate, tú no tienes de nada que hablar con ellos.

NOVIA: ¿Qué has dicho?

HIJO: Hum... ¿Que tú de qué quieres hablar con ellos?

NOVIA: Pues... No sé. Seguro que habrá mucha conversación sobre ti. Eso sería lo más normal. Es lo que hace la mayoría de la gente.

HIJO: Nosotros no somos la mayoría de la gente. Y yo soy diferente a todos.
No olvides esto sobre mí. No pienses eso.

NOVIA: ¿No te han contado y descubierto cosas de mí los míos? ¿No te enseñó mi padre, como un secreto, aquella muñeca de trapo tan horrorosa de la que no consiguieron que me desprendiera hasta los nueve años? Y los vídeos y las fotografías de mi primer viaje a Disneyland, ¿lo recuerdas? Te reíste mucho en su momento.

HIJO: No quiero que habléis de mí. Seguramente, no te agrada escuchar lo que te digan.

NOVIA: ¿Por qué?

HIJO: Yo... fui un chico conflictivo.

NOVIA: Como todos lo hemos sido en ocasiones.

HIJO: Además, nosotros nunca hemos viajado juntos tan lejos.

NOVIA: Qué tontería. ¿Vamos en serio o no vamos en serio? ¿No respondes?

HIJO: Sí.

NOVIA: ¿Sí, qué?

HIJO: Que sí, que vamos en serio.

NOVIA: Sigue en pie lo de casarnos por lo civil. Y luego la comida y la fiesta...

HIJO: Sí, no seas pesada. Que eres muy pesada. Tienes que aprender a contenerte.

NOVIA: Estoy muy enamorada de ti. Es eso. Me tienes ciega.

HIJO: Tú sí que me tienes ciego a mí. Desde que te veo a ti, no veo a otras.

NOVIA: Pobre de ti, y pobres de ellas.

Pausa.

HIJO: Es que... Mi padre no es un hombre... Bueno, él y yo no nos llevamos muy bien.

NOVIA: ¿Y qué? Ya oíste los gritos que nos dimos mi madre y yo el día de la barbacoa con mis tíos. Por una estupidez. Con lo que la quiero.

HIJO: Eso es distinto. Nada importante. Mi padre tiene la costumbre de no aparecer demasiado por casa. En realidad, desde hace un tiempo, duerme en casa de su hermano.

NOVIA: ¿Por qué? ¿Qué pasa?

HIJO: Historias... de familia.

NOVIA: ¿No me lo vas a contar?

HIJO: No tengo ganas de que hablemos de eso.

NOVIA: ¿Lo harás?

HIJO: Más adelante. Por lo demás, son normales y corrientes. Muy normales y muy corrientes. Ya lo sabes.

NOVIA: Como los míos. Padres.

HIJO: No, los tuyos...

NOVIA: Di, ¿qué?

HIJO: Son... de otra forma.

NOVIA: ¿Qué quieres decir?

HIJO: Ellos se ríen del mundo. Apuestan alto. Viven de otra manera. Miran a la vida de frente, con descaro. Incluso estoy convencido de que a veces hacen girar el mundo a su ritmo. Se asemejan a mí.

NOVIA: Pero qué equivocado vives.

HIJO: ¿Equivocado?

NOVIA: No te alteres.

HIJO: No me altero.

NOVIA: Te alteras. Demasiado.

HIJO: No me digas cómo ha de ser mi comportamiento. Odio eso. Tenlo en cuenta.

NOVIA: Bueno, bueno, no te enfades. Ellos, “parece” que se ríen del mundo, cuando están en el mundo. Alternando con todos los demás. Pero son muy conscientes de que pertenecen a él. Y juegan al mismo juego que los otros. Ellos mismos me han explicado perfectamente que el propio mundo se encargó de devorarlos hace tiempo. Como hace con casi todos nosotros tarde o temprano. Sólo se libran de eso unos pocos privilegiados. Aprovechados, trepas, es lo que son; es como los llaman. Así los define el resto de mi gente constantemente.

HIJO: En esos pocos hay que fijarse; de esos hay que aprender. De su forma de actuar. De opinar. De... sus trucos.

NOVIA: Qué malo eres. ¿Estás seguro de eso?

HIJO: Claro.

NOVIA: ¿Lo dices en serio?

HIJO: Totalmente. Tú confía en mí. Y calla un poco, tanto hablar...

El NOVIO la abraza. Se besan.

OSCURO.

ESCENA III

MADRE, VECINA. -

*Casa de RAQUEL. Sentadas en el suelo, la **VECINA** limpia de sangre y lágrimas la cara de la **MADRE** que, con un ojo hinchado y amoratado, apoyada en la base de la mesa ya limpia, llora silenciosamente. Después, la acaricia con ternura. Por fin, la **VECINA** la termina besando en los labios. La débil luz del atardecer ilumina con claroscuros sus rostros.*

MADRE: Ay, vecina, si todos los besos que me han dado a lo largo de mi vida hubiesen sido así de dulces. Si tan cálidos los abrazos. Si las miradas tan claras. Hubiera cerrado los ojos, no me hubiese importado quién lo estuviera haciendo.

VECINA: ¿Te han dado muchos?

MADRE: Muchos, ¿qué?

VECINA: Besos.

MADRE: Algunos.

VECINA: ¿Y abrazos?

MADRE: También.

VECINA: ¿Te has dejado llevar?

MADRE: Depende. Sí.

VECINA: Cuenta, cuenta.

MADRE: Yo tenía doce o trece años y él era un poco mayor que yo. Lo conocía del instituto, quizás iba un curso, o a lo sumo dos por encima del mío. Era un chico bastante más alto que yo. Bailábamos en una de esas fiestas de fin de curso, muy apretados, él tenía mucho interés en eso.

VECINA: Sí, en nuestra época casi todos tenían esos mismos intereses.

MADRE: ¿Crees que ahora no? Lo dudo.

VECINA: Sigue, sigue, vecina. La cosa se pone caliente.

MADRE: Y no sabes cuánto. Yo me dejé llevar con aquel chico. De pronto, sin ser yo consciente de que viniera a cuento de nada, noté una sensación extraña a la altura de mi pecho, como él era tan alto. Aquello se le había puesto duro y tieso como un tronco, como si se nos hubiera metido un salchichón así de grande entre los dos, me imaginé en aquel momento. Era la primera vez en mi vida que notaba aquello. Yo me aparté un tanto de él y lo miré directamente a la cara. Su enorme cara la tenía incendiada, increíblemente enrojecida. Su

nariz, una berenjena. Yo me quedé muda. Entonces va y me suelta, sin apartar la vista de mi boca, con los ojos medio entornados: chica, deberíamos hacer algo con esto, o algo por el estilo. Eso me obligó a reaccionar. Y yo, lo primero que se me ocurrió, le contesté: sí, deberíamos apresurarnos antes de que cierre el charcutero de aquí detrás, por si quiere hacerlo rodajas antes de que pierda su volumen.

VECINA: (*Ríe*). ¿Cómo reaccionó él?

MADRE: Salió corriendo. Nunca más volví a verlo. Nunca más.

Pausa.

Figúrate, seguro que mi vida hubiera sido distinta, si hubiese accedido a reconvertir aquel... salchichón. No sé si una vida mejor, pero una totalmente distinta.

VECINA: No estés tan segura de eso. Sé que no es una novedad esto que te voy a decir, pero a veces pienso que nuestras vidas estaban ya planificadas con antelación, mucho antes de que nacióramos, y por mucho que nos empeñemos no hay forma humana de modificar nuestro camino.

MADRE: ¿De veras lo crees?

VECINA: Los lunes, miércoles y viernes, sí.

MADRE: (*Sonríe*). Qué tonta.

Pausa.

Y tú, ¿por qué te separaste?

VECINA: Si te digo que todavía no lo sé exactamente. Supongo que nos desgastó el tiempo. O eso quiero creer, para consolarme. El maldito tiempo puede con todo, vecina.

MADRE: Poco más o menos. Dímelo a mí. (*Breve pausa*). Aunque explica la ciencia que el tiempo como tal no existe, que nosotros somos el propio tiempo. Nosotros somos los que “pasamos”, no él. Lo entendemos, pero no podemos explicarlo, dijo un hombre al que luego nombraron santo. Fuera como fuese, con tiempo o sin él, esto mío parece que no se va a acabar nunca.

VECINA: Tienes un modo de ponerle fin, si tú...

MADRE: (*Sin dejarla terminar*). ¿Se entrometió alguien en lo vuestro?

VECINA: Por mi parte, no. Por la de mi pareja, no quise saberlo entonces, y continúo sin querer saberlo.

MADRE: ¿La quieres todavía?

VECINA: No lo sé. Sí. Supongo que sí.

MADRE: Eres la mejor vecina que he tenido.

VECINA: Si no tienes ninguna más.

MADRE: Eso quisieras, egoísta.

VECINA: Llámame, si me necesitas. Y cuídate.

Sale.

MADRE: Lo haré.

OSCURO.

ESCENA IV

ABUELA, MADRE. -

Noche cerrada en la casa de RAQUEL.

La MADRE sigue en el suelo, junto a la mesa. Entra la ABUELA, se arrodilla y abraza a su hija. Le acaricia el pómulos y el ojo hinchados. Lloro quedamente. Se seca las lágrimas con rabia a escondidas de su hija.

ABUELA: Levanta tú también de ahí. No eres ningún perro para estar tirada por los suelos.

MADRE: ¿Qué no? ¿No oyes cómo algunos días ladro, o me ladran otros a mí, si yo callo, como se hacen entre ellos? Sí es seguro que también me tratan peor que a ellos.

ABUELA: Esto sí es nuevo.

MADRE: ¿El qué?

ABUELA: El oírte compadecerte de ti misma. Antes te resignabas solamente; esa resignación que no tengo idea de quién la has heredado. Si sufrías, sé que sí, lo hacías en silencio. Ahora ya es tarde para llantos, todos estamos implicados, acuérdate.

MADRE: ¿Y qué me queda por hacer?

ABUELA: Luchar de verdad por la verdad. Hacerle frente con fortaleza. Para vencer una dificultad se necesita arrojo. A ti siempre te ha sobrado.

MADRE: ¿Lo llamas dificultad? No empieces, mamá, por favor. Déjame en paz, déjame en paz. Ya he tenido bastante por hoy.

Pausa.

¿Tú serías capaz de...?

ABUELA: Si me estuvieran poniendo a prueba, como a ti, sí. No lo dudes. Escucha, si dieras el paso, ¿quién podría reprocharte después el haberlo dado?

MADRE: Yo, yo misma.

ABUELA: Entonces continúa restregándote en tu propia mierda. No sé. Probablemente, disfrutes, Raquel.

MADRE: No te esfuerces tanto tú tampoco en tratarme bien. Algo muy oscuro debo haber hecho en el pasado, para que sea así el presente. Soy lo más parecido a uno de esos sacos de boxeo.

ABUELA: Perdona, hija. No sé ya cómo provocarte para que te rebeles. ¿No comprendes que así no puedes continuar?

MADRE: Es lo único que comprendo. Si tan negro es el presente hoy, me pregunto qué me deparará el futuro mañana. Con seguridad, tiene que ser siniestro. Y no quiero ni pensar en lo que se nos avecina.

ABUELA: En tu mano está.

MADRE: ¿Mis manos? En mis manos no hay nada ya. Míralas, están vacías; y sucias. Recuerdo muchos más días de los que tú te puedas creer, cuando era niña, y me insistías tanto en que las manos debían estar siempre muy limpias,

porque eran la avanzadilla de lo que venía detrás, asegurabas con mucha trascendencia; porque ellas eran las encargadas de transmitir ternura cuando acariciaban, o de preparar comida, o de tocar las cosas que importan a una pero también a todos los demás. Las propias manos no son de una solamente, me recalcabas, son de todos los que te quieren, mantenlas limpias, repetías. Mantenlas limpias. Mira las mías; ahora, aunque en apariencia limpias, están sucias. Porque alguien se ha encargado de ensuciarlas. Yo lo sé, y tú deberías aceptarlo.

ABUELA: No son las tuyas las sucias, ¿oyes? Convéncete: tus manos siguen estando tan limpias como el primer día. Son otros los que les dan usos imperdonables, y se las ensucian, y salpican con su mugre a los demás.

MADRE: Hasta ya comienzan a movérseme temblorosas.

ABUELA: Eso es otra cosa. Eso es el miedo.

MADRE: Sí, el miedo, seguramente.

Pausa.

ABUELA: ¿Cómo te justificarás?

MADRE: ¿Qué?

ABUELA: Sí, ¿cómo te ocultarás de las miradas? Con el ojo ese hinchado, ¿qué alegarás esta vez? ¿Dirás que ha sido otra caída accidental en una de las casas? No te va creer nadie.

MADRE: Ya no trabajo en la inmobiliaria, mamá. Ahora, friego escaleras. Nadie se fija en mí. Y evito tropezarme con alguien.

ABUELA: Y, naturalmente, para que nadie vea en qué estado vuelves a encontrarte, enviarás a la compra a la pobre Carolina, que no sabe ni en dónde tiene su mano derecha.

MADRE: No hables así de tu nieta.

ABUELA: Sabes que no llevo mala intención con ella.

MADRE: Te lo prohíbo, ¿me oyes?

ABUELA: ¡Ay!, si fuera posible prohibir cuanto no nos gusta, o de quien no nos gusta algo. Y que además nos obedecieran, ¿verdad?

Pausa.

MADRE: Si quisieras ir tú.

ABUELA: La última vez. No me lo pidas más.

Pausa.

MADRE: Los golpes borran hasta los buenos recuerdos. Alguien... así, parece que nunca fue niño. Es como si se hubiera saltado la infancia, también de un golpe. Como si jamás la hubiera tenido. Como si no hubiera temido a la oscuridad, a esos falsos monstruos que ellos mismos se fabrican entre sombras y ruidos nocturnos, tan terribles, que rodean y atemorizan a todos los niños. Esos monstruos invisibles que los mayores nos encargamos de ahuyentar.

ABUELA: Para mí tiene su explicación. Hija, ese alguien es el propio monstruo nacido de las sombras, se ha creado a sí mismo.

MADRE: Y pensar que yo quería, confiaba, soñaba, esperaba una vida limpia, sin sobresaltos.

ABUELA: Eso te pasa por imaginarte la vida, en lugar de vivirla. Bonito concepto de la vida, hija, una vida sin sobresaltos. ¿Qué sería entonces? ¿Un remanso de... quietud? ¿Una orilla desde la cual contemplar el paisaje? Pero, ¿en qué mundo vives?

MADRE: No tengo gana de seguir. Tú sabes en qué mundo vivo.

ABUELA: Sí, sé en qué mundo vivimos.

OSCURO.

ESCENA V

NOVIA, HIJO. -

Casa de los padres de la novia.

NOVIA: Va, sólo es un juego.

HIJO: No me gustan los juegos. Ninguno. Y esta clase de juegos, menos todavía. Los juegos son para fracasados.

NOVIA: Venga, respóndeme. ¿Por quién serías capaz?

El HIJO agarra fuertemente un brazo de la NOVIA, esta tira de él para soltarse pero no lo logra por sí misma.

¿Qué haces?

HIJO: ¿Pero tú estás loca o te lo haces?

NOVIA: Solamente es un juego. (*Por su brazo*). Afloja.

HIJO: Te he respondido. Te he dicho que no quiero jugar.

NOVIA: Sin proponértelo, estás dándome la respuesta: no la darías por nadie.

HIJO: Oye, escúchame bien.

NOVIA: Me estás haciendo daño en el brazo.

HIJO: Mi vida es algo muy serio para jugar con ella a adivinanzas.

NOVIA: No te engañes, como la de todos.

HIJO: Lo dudo. Y yo no me engaño.

NOVIA: La vida de cada uno es lo más importante para su dueño.

HIJO: Hay vidas que no valen absolutamente para nada.

NOVIA: ¿Qué te da derecho a hablar así?

HIJO: ¿Tú te dejarías matar por alguien? ¿De veras te has entretenido en pensar en algo tan estúpido?

NOVIA: Quizá sí.

HIJO: ¿Y por quién la darías?

NOVIA: No lo dudaría: por ti.

HIJO: Tú eres idiota.

NOVIA: ¿Así que nunca en tu vida has pensado: me dejaría matar por esta persona, o...no sé... por tu mundo ideal?

HIJO: Nunca. Qué sandez.

NOVIA: No me aprietes tanto, que me haces daño. ¿Por mí tampoco?

HIJO: ¿Por qué preguntas? ¿Estás en peligro?

NOVIA: No, deja, ya te he advertido que era solamente un juego.

HIJO: Y yo a ti que no me gustaban los juegos.

NOVIA: Me va a salir un cardenal. Suelta. ¡Suéltame! *(Tira de su brazo)*.

HIJO: Perdona. No controlo mi fuerza. *(La suelta)*.

Pausa.

NOVIA: ¿Has revisado ya el paquete de invitaciones que te pasé?

HIJO: No. No he encontrado el momento oportuno.

NOVIA: Se nos echará la fecha encima. Decídete por una o dos, las que más te gusten, y muéstramelas. Es fácil.

HIJO: ¿Fácil? Claro. Hazlo tú, yo delego, confío en ti para estos asuntos.

NOVIA: No es cuestión de confianza, Dani, la confianza hay que reservársela para otras cosas más importantes. Es simplemente que se trata de nuestra boda y quiero que tomemos todas las decisiones, por pequeñas que sean, entre los dos.

HIJO: ¿Dani? ¿Dani? ¿Cuánto me has oído decir que no quiero que me llames así? ¿Cuántas veces?

Vuelve a agarrarla del brazo.

NOVIA: *(De un tirón, se suelta).* Ni Daniel, ni Dani. ¿Cómo, entonces?

HIJO: En cuanto tenga las cosas claras, me lo cambiaré. Ya te diré yo cómo tienes que llamarme.

NOVIA: Debes apresurarte para eso, me estás hartando.

HIJO: No me apures, Noemí, no me apures.

OSCURO.

ESCENA VI

MADRE, PADRE. -

Están en su casa, de pie, en mitad de la noche. En actitud huidiza. Hablan susurrando, como si estuvieran temerosos de ser descubiertos.

MADRE: Desde hace dos semanas no paras en casa. Ni una noche.

PADRE: ¿Has meditado sobre lo que acordamos?

MADRE: Déjame.

PADRE: ¿Lo has hecho?

MADRE: Déjame.

PADRE: Respóndeme.

MADRE: Sí. Minuto tras minuto, día tras día, sin descanso.

PADRE: ¿Y qué hay de tu decisión?

MADRE: No puedo.

PADRE: Ya estamos. No quieres poder.

MADRE: No puedo, no puedo. Que es bien distinto.

PADRE: Está bien. Dejaré que pasen otras dos semanas más. Mi hermano es feliz de tenerme en su casa.

MADRE: Ya no me alcanza la memoria para tantas semanas. Su felicidad a costa de la nuestra.

PADRE: Mira...

MADRE: Cuando más dulce deberías ser, más te sale ese carácter agrio que envenena el ambiente. ¿Por qué eres tan duro conmigo?

PADRE: Deberíamos ser duros los dos, no uno sólo.

MADRE: Las cosas cambiarán. Ya verás. Ahora con...

PADRE: Nada cambiará. Si nosotros no ponemos todo nuestro esfuerzo por cambiarlas. Y tú estás haciendo bien poco. Nunca has hecho demasiado.

MADRE: No me hagas más reproches, por favor.

PADRE: Esto tiene que acabarse ya. Ahora es nuestra oportunidad. Quizás nos tengamos otra. Tú eres la más indicada para hacerlo. Así lo planeamos, ¿recuerdas?

MADRE: Lo recuerdo. Pero lo planeaste tú solo. Fue tu condición para dejarme a mí seguir aquí malviviendo.

PADRE: Tienes que dar ese paso de una puñetera vez. En uno u otro sentido. Hay a nuestra disposición dos opciones ahora mismo. ¿Escogerás una?

MADRE: Sí, dos, a cuál peor. Por favor, por favor.

PADRE: Perdóname, Raquel. Perdóname, esta puta vida de sufrimiento que te he dado, que te hemos dado entre todos, no te la merecías, ni te la mereces. Eres un alma buena, aunque ha perdido el rumbo. Esta otra alma te ha hecho perder el rumbo.

MADRE: Tú no eres responsable de lo que hagan los demás.

PADRE: Naturalmente que soy responsable. Si yo hubiera sabido encauzar a tiempo. O atajar.

MADRE: ¿Y yo? ¿No formo yo también parte de este desbarajuste? Las consecuencias las estamos pagando todos. No nos libramos ninguno. Ni de los planteamientos equivocados, ni de sus consecuencias. Estamos todos huecos, perdidos. En esta casa no se salva ni Dios.

PADRE: Te quiero tanto.

MADRE: Yo, también.

Pausa.

PADRE: No tengas recelos, nunca. Haz memoria, un repaso de nuestro tiempo juntos. Y después, si sientes que tienes destrozar esa misma memoria en mil pedazos, hazlo. Empezaremos de cero, si es necesario.

MADRE: Es fácil de exponer. Pero llevarlo a la práctica es bastante más complicado.

PADRE: Lo sé, amor mío. Aunque yo estoy dispuesto, a todo, ya lo sabes.

El PADRE pretende abrazar a la MADRE, pero ella se lo impide.

OSCURO.

ESCENA VII

MADRE, ABUELA, NOVIA, HIJO, HIJA y, más tarde, VECINA. -

Una mañana soleada en el comedor de RAQUEL y DANIEL.

Hay disponibles seis sillas. A la mesa la han vestido con un mantel, seis vasos, seis cubiertos...

Un hermoso centro floral.

MADRE: Cuántas ganas tenía de conocerte, Noemí. Eres preciosa. Y altísima. Hay que ver cuánto crecen los chicos de ahora.

ABUELA: He oído decir que el crecimiento de los hijos tiene una relación muy estrecha con el amor que les profesan sus padres. Así que los tuyos deben quererte mucho. ¿Es mutuo?

NOVIA: Por supuesto.

ABUELA: Estupendo. No hay nada comparable, ni más hermoso. Soy la madre de Raquel. La única abuela que les queda a ellos dos. Aunque me llamo Isabel, me será suficiente con “abuela”. Nos entenderemos.

NOVIA: *(A la MADRE)*. Yo también ansiaba conocerla, Raquel. Bueno, a todos. No he tenido ocasión de verlos ni en foto. Él no se ha molestado en enseñarme ninguna. Que ahora con los móviles podríamos haber intercambiado...

ABUELA: Este sólo enseña los dientes. Los suyos.

NOVIA: Tú debes ser Carolina.

HIJA: Eres mucho más guapa en persona. Yo sí que te había visto ya en fotos en el móvil de mi hermano.

NOVIO: No he sido yo quien te las ha enseñado.

HIJA: *(Hace una mueca)*. No, pero yo ya me he encargado de conseguírmelas.

NOVIO: Sabes que no te permito que toques mis cosas, Carolina. Esto lo pagarás.

HIJA: No gruñas, es una broma. No, fue que te olvidaste el teléfono un día en la mesa de la cocina y yo lo vi y lo recogí de casualidad. Y vi a Noemí. Bueno, imaginé que sería ella. Pero yo te lo devolví ese mismo día a la hora de la cena, ¿no te acuerdas?

MADRE: Le pudo más la curiosidad que la prohibición. ¿Fue eso, verdad, hija?

HIJA: Claro, mamá.

MADRE: Bueno, siéntate Noemí. Sentaos todos. Voy a buscar un aperitivo, para ir entonándonos. Sitúate aquí, Noemí, quiero verte de frente. Vamos, acomodaos los demás. Toma, de bienvenida, esta rosa blanca es cuanto tengo en la casa que más se asemeja a ti.

HIJO: Qué ridiculez, una rosa blanca.

NOVIA: ¿Por qué?, tú sí que eres ridículo. Está muy bien escogida. Gracias, ¿Raquel?

MADRE: Sí, solamente Raquel.

NOVIA: De acuerdo, Raquel. ¿Puedo preguntarle?

MADRE: Cuanto necesites saber. Si sé responder.

NOVIA: ¿Qué...? ¿Qué le ha pasado en ese ojo?

MADRE: (*Tensa*). Ah. ¿Esto? Una puerta de un armario que estaba fuera de lugar.

HIJO: No veo a mi padre.

HIJA: ¿En qué puerta ha sido, mamá?

HIJO: Tampoco lo oigo moverse por la casa.

ABUELA: Está en la calle. Llamó hace un rato diciendo que llegaría algo más tarde. Me ha pedido que lo disculparais por la tardanza. Tenía algo urgente. Un trabajo, he creído entender.

HIJO: Ya. Algo urgente.

MADRE: Dani, sí, tu padre está muy preocupado por el trabajo. Los ingresos en esta casa han disminuido drásticamente desde que lo despidieron del banco. (*Dirigiéndose a NOEMÍ*). Su hermano es vigilante, o guardia de seguridad, o lo que sea. Eso le da la oportunidad de conocer a mucha gente, y

consigue algunos trabajillos extras. Daniel le ayuda y entre los dos van haciendo algunas chapuzas, para que entre todos podamos salir adelante.

HIJO: ¿Dani? ¿Dani? ¿Dónde he oído eso?

MADRE: *(Nerviosa)*. Acompáñame a la cocina, mamá.

Salen ambas.

NOVIA: Me imagino que estarás estudiando, ¿o no, Carolina?

HIJA: Sí, estoy estudiando.

NOVIA: ¿En qué curso andas?

HIJA: Es que eso no lo sé muy bien.

HIJO: No preguntes tanto.

NOVIA: ¿Qué significa eso de que no lo sabes muy bien?

HIJA: Eso mismo. No lo sé muy bien, porque estoy yendo a un colegio especial para chicos especiales. Dicen que yo soy una de esas chicas especiales, aunque yo no me noto nada. Sólo que me caigo de vez en cuando. También explicó el médico que tampoco tengo que medicarme con nada especial. Así es que.

NOVIA: Sí, la verdad es que hoy en día todos somos un poco especiales. No tendrás de nada de qué preocuparte el día de mañana, con toda seguridad.

HIJO: ¿Qué has querido decir con eso de que hoy todos somos especiales, eh?

Entra la ABUELA con algunos platos de comida.

HIJO: *(Alza la voz).* ¿No respondes?, Noemí. ¿Qué significa?

NOVIA: Tranquilo, no sé. Es lo que pienso, nada más.

ABUELA: *(Al HIJO, metiéndole algún alimento).* Toma, ve llenándote la boca y mantenla ocupada.

HIJO: ¡Qué bruta!

Escupe el alimento.

NOVIA: ¡Dani!

HIJO: *(Mirando con desprecio a NOEMÍ).* Gracias, vieja.

ABUELA: No hay de qué darlas, *(con intención de incomodarlo, silabea la palabra)* Dani.

Entra la MADRE con más platos. La NOVIA se levanta para ayudarla.

MADRE: No te molestes. Estoy acostumbrada.

La HIJA hace lo propio, pero se cae torpemente.

HIJA: Yo te ayudo, mamá. ¡Ay!

MADRE: Hija, ¿te has hecho daño?

HIJO: Ya estamos. No se puede ser más torpe que ella. Está más tiempo con la cabeza en la tierra que con los pies.

ABUELA: Come, niño. Se te va a enfriar... la boca.

NOVIA: Dani, eres un poco...

HIJO: Un poco... ¿qué?

HIJA: Estoy bien, mamá. Ha sido una de mis caídas tontas.

HIJO: Como vuelvas a llamarme Dani...

Suena el timbre de la puerta.

HIJA: Es papá.

MADRE: Papá tiene llave, Carolina.

HIJA: Es verdad. ¿Voy a abrir?

ABUELA: Iré yo.

Sale la ABUELA y entra con la VECINA.

VECINA: Hola, a todos.

HIJA: Hola, vecina.

MADRE: Mira, vecina, esta es Noemí. La novia de mi hijo. Están preparando su boda. Ya te lo comenté.

VECINA: Sí. Encantada, chica. Te deseo lo mejor.

NOVIA: Encantada. Muchas gracias.

MADRE: Vio nacer a mis dos hijos. Es una de esas vecinas de toda la vida.

HIJO: Una de esas vecinas a las que tanto les gusta el circo. Y viene aquí a verlo, de gratis.

MADRE: *(Cada vez más violenta)*. Carolina, vete a tu habitación. Estoy segura de que tendrás que tomar muchas anotaciones en ese cuaderno tuyo.

HIJA: Jo, mamá. No tengo nada nuevo.

MADRE: Sé buena. Yo estoy convencida de que sí.

HIJA: Además, quiero comer cosas, tengo hambre.

ABUELA: Yo te preparo un plato, y te acompaño. ¿Te parece bien?

HIJA: Qué remedio, abuela.

MADRE: Gracias, hija.

Mientras ABUELA e HIJA hacen lo propuesto, los demás, a la expectativa, guardan silencio.

ABUELA e HIJA salen.

VECINA: ¿Y qué habéis pensado hacer? ¿Dónde vais a instalaros, Noemí?

NOVIA: Esto... Con la ayuda de mis padres. Ellos nos regalan la fianza, siempre y cuando vayamos... en serio.

Breve pausa.

MADRE: Qué bien. Desde luego, algunos padres, suponen un alivio económico para sus hijos. *(Distribuye platos y algo de comida).*

NOVIA: Tenemos vista una casa, bueno, un piso no muy lejos de aquí, precisamente. Hemos tenido mucha suerte, porque los propietarios son unos amigos de mis padres, y nos van a alquilar la vivienda, un alquiler no muy alto, la verdad, y además, tendremos derecho a compra más adelante. Dentro de un par de años o algo así. Si todo nos sale bien.

VECINA: ¿Hay motivos para que salga mal?

HIJO: ¿Qué clase de pregunta es esa?

VECINA: Una pregunta, vecinito, como otra cualquiera. Aunque si prefieres que hablemos de otra cosa...

La MADRE se adelanta para decir algo, pero retrocede arrepentida.

NOVIA: (A *DANI*). ¿Qué te pasa?

HIJO: Nada, ¿me tiene que pasar algo?, no pasa nada.

NOVIA: Como no está amueblada, naturalmente, estamos buscando muebles que nos encajen en la casa, y que además sean de nuestro gusto. Eso será lo más engorroso.

VECINA: (Mirando a *DANI*). Pero la ilusión puede con todo.

HIJA: Es verdad. Aunque Da... este, es como si no la tuviera. Está como... atontado, la inmensa mayoría de los días. Como hoy.

VECINA: Las estadísticas dicen que los hombres huyen del compromiso. Se le pasará. A no ser que haya otras razones de índole desconocida. Bueno, razones desconocidas, desconocidas para los demás; no para él. ¿Las hay, vecinito?

HIJO: (Encolerizado). Se acabó lo de "vecinito". No para hoy, para siempre.

VECINA: ¿Quieres que lo dejemos en... Dani?

HIJO: Eso, menos.

Entra la ABUELA.

ABUELA: Bueno, la niña se ha quedado traspuesta.

HIJO: *(De pie, se enfrenta)*. Estáis todos en contra de mí. Pero, ¿sabéis lo que os digo? Yo soy diferente, por eso siempre tenéis el hacha levantada apuntando hacia mi cabeza. *(Va subiendo la voz)*.

La MADRE avanza un tanto dispuesta a hablar, aunque termina tapándose la boca.

A la espera de que me equivoque, de que dé un paso en falso, para dejarla caer. Pues os vais a quedar con las ganas, porque yo sé hacer las cosas. Todas las cosas, y todas muy bien.

ABUELA: *(Empieza suave. Después, hiriente)*. No nos cabe duda alguna de que sabes planearte muy bien... ciertas cosas. Pero, dime, niño, ¿quién hay en esta casa, quién de los presentes tiene algo en contra tuya y que no te lo haya dicho ya en la cara? Con perdón, Noemí.

NOVIA: ¿Qué pasa aquí? ¿Puede alguien explicármelo?

NOVIO: Nada. Que son todas unas viejas hastiadas de la vida y unas amargadas, y chochean. La que más, la vecina, la lesbiana puta esa.

La ABUELA deposita con inusitada violencia un cuchillo sobre la mesa.

ABUELA: Dani, ve cortando el pan.

MADRE: ¡Mamá!

OSCURO.

ACTO II

ESCENA I

NOVIA, PADRE. -

Casa de los padres de la novia.

Tarde lluviosa, oscura.

NOVIA: ¿Pará qué ha venido?

PADRE: Tenía que verte. Conocerte. Hablar.

NOVIA: Ya me ha visto.

PADRE: Puedes tutearme. Nos daría familiaridad.

NOVIA: ¡Oh! Prefiero guardar las distancias con usted. Por si acaso.

PADRE: ¿Por si acaso?

NOVIA: Mantenerme alejada, no vaya a ser que diera la casualidad de que se le escapara una mano.

PADRE: No alcanzo a entender tu lenguaje. ¿Qué estás insinuando?

NOVIA: No sabe de qué hablo. ¿Es eso?

PADRE: Pues no. No tengo ni idea.

NOVIA: He leído mucho sobre las personas como usted.

PADRE: ¿Cómo yo? ¿Y cómo soy yo?

NOVIA: ¿No lo sabe?

PADRE: No me conozco todo lo que quisiera. Bueno. ¿Y qué?

NOVIA: ¿De verdad no se siente culpable?

PADRE: Claro que sí. De muchas cosas. Pero, según tú, ¿de qué en concreto habría de sentirme culpable, puedes aclarármelo?

NOVIA: Míralo. Parece tan inocente, tan convencido de lo que está diciendo que si le dejo seguir por ese camino casi puede convencerme a mí también. Aún tendré que tenerle lástima. Lástima por su cobardía.

PADRE: En eso tienes razón, toda mi vida he sido un cobarde; he estado demasiado apegado a los sentimientos, a los míos y, esencialmente, a los de los demás. Por no herir los sentimientos de los demás, he machacado los míos. Ando como perdido, intentando sujetarme a ese clavo ardiendo que se dice que todos tenemos frente a nosotros; sin embargo, el mío debe estar tan alto que no logro alcanzarlo. No distingo dónde está, ni siquiera sé de qué trata o cómo es. Muchacha, atiéndeme: no te aconsejo que te entregues sin condiciones, a nadie. A nadie, sin conocer antes a fondo. No sé si me entiendes.

NOVIA: No sé si quiero entenderlo, sinceramente.

PADRE: Tú sabrás hasta dónde quieres entender. No te imaginaba yo con este carácter tan hiriente.

Pausa.

Antes, mencionaste de mí que... ¿De dónde has sacado tú...?

NOVIA: Las cosas se terminan sabiendo. Hablan los vecinos, hablan los conocidos. Los amigos, y los que no lo son tanto.

PADRE: En eso tienes razón. La gente murmura, aunque no sepa de qué.

NOVIA: ¿Es el caso? ¿Es ese el caso? ¿Es la gente la que no sabe de qué habla?

PADRE: Quién sabe. Si pudiéramos averiguar de qué boca proceden esas noticias que tú crees tener.

NOVIA: No pienso responderle.

PADRE: Así es que sí lo sabes.

NOVIA: Yo no he dicho eso.

PADRE: Lo has insinuado.

NOVIA: Fuera de aquí. Váyase de mi casa, de... casa de mis padres.

PADRE: Escucha, hija.

NOVIA: Yo no tengo tan claro que quiera ser su hija. Hoy no lo soy, y no sé si en estas condiciones querré serlo algún día.

PADRE: ¿Condiciones? ¿Qué condiciones?

Breve pausa.

La realidad puede ser bien distinta de las hablaturías. ¿Has pensado en eso?

NOVIA: ¿Qué quiere decir?

PADRE: Exactamente lo que he dicho. Que nos dejamos guiar, con buena voluntad, por lo que nos dicen, o por lo que oímos, y eso nos puede llevar a

cometer una equivocación terrible, a una injusticia de difícil reparación en el futuro.

NOVIA: No sé qué me está usted a mí insinuando ahora. Quiere liarme. O embrollarlo todo, para salir indemne, seguramente.

PADRE: ¿Indemne? De todo esto nadie va a salir indemne. Tristemente, te lo garantizo.

OSCURO.

ESCENA II

NOVIA, HIJO. -

Casa de los padres de la novia, en su habitación. El HIJO acaricia a la NOVIA, pero ella le obliga a retirar las manos de su cara y cabello.

NOVIA: No tengas prisa. Aguarda. Primero, cuéntame. No, espérame un minuto.

Sale apresuradamente.

HIJO: ¿Adónde vas?

NOVIA: *(Ya fuera).* Tengo necesidad de ir al lavabo.

El hijo golpea con los puños al aire rabiosa, reiteradamente.

Se detiene cuando siente a su espalda el regreso de la

NOVIA.

Ya estoy de vuelta. Empieza, con profusión de detalles.

HIJO: Sin exigencias.

NOVIA: Las justas. Quiero saber exactamente con quién trato.

HIJO: Te lo he contado ya, de mil formas.

NOVIA: Repítelo otra, por favor. De cabo a rabo.

HIJO: Echaron a mi padre del banco.

NOVIA: Vale. ¿Cuándo fue?

HIJO: No sé. Hará unos pocos años. Cuando reajustaron la plantilla, por la crisis y todo eso.

NOVIA: Sigue.

HIJO: Su carácter nunca había sido espléndido, aunque sí... un poco afable. Pero a raíz del despido se volvió sombrío, hosco. Desde entonces, sus gritos en casa comenzaron a ser el pan de cada día. Mi madre se entristeció al mismo ritmo que él cambiaba de personalidad. Yo la veía llorar en silencio. Llevaba a menudo los ojos muy hinchados, y se paseaba por el piso lánguidamente con aquellas... oje... bolsas pardas enormes que le brotaron debajo de los ojos de un día para otro.

NOVIA: ¿Se continuaron abrazando?

HIJO: ¿Cómo?

NOVIA: Que si durante esa época los viste abrazados alguna vez.

HIJO: No, no, qué va. Al contrario. Se distanciaron. Cuando uno entraba a una habitación, el otro salía de ella. Si uno se sentaba a la mesa, el otro se levantaba. (*Breve pausa*) ¿Por qué me has preguntado si se abrazaban?

NOVIA: Por nada en concreto. Quiero saberlo todo. Continúa.

HIJO: Un día, desde mi cuarto, oí que discutían con gritos... estridentes, insoportables, mucho más escandalosos que los que ya tenían por costumbre. Estaban como fuera de sí. Y arrastraban las sillas o algo así. Salí y me asomé con cuidado al comedor, de ahí provenían: vi a mi padre sujetando una silla por encima de los hombros, con ella amenazaba a mi madre. Ella lloraba con desconsuelo, aterrorizada, incapaz de hacerle frente a ese animal en que se había convertido mi padre.

NOVIA: ¿La tocó?

HIJO: ¿Qué?

NOVIA: ¿Le pegó?

HIJO: No, ese mismo día no creo que sucediera nada de eso. De todas formas, yo estaba atemorizado y me encerré en mi habitación lo que restaba de tarde. En cuanto pude, salí de la casa a escondidas y no regresé a ella hasta bien entrada la madrugada.

NOVIA: ¿Eso es todo? ¿Ya está?

HIJO: ¿Eh? No, no por desgracia. Hubieron... muchos días en que tuve que ver con mis propios ojos cómo mi padre golpeaba brutalmente a mi madre, con los puños, con las palmas de las manos, a patadas, o sujetándole y

empujándole la cabeza contra la pared..., repetidamente, como si fuera la de un muñeco.

NOVIA: Qué barbaridad. Qué tristeza. Me dejas sin palabras.

HIJO: Fueron días terribles.

Pausa.

NOVIA: Lo cuentas en pasado. ¿Ahora ya no...?

HIJO: Como... Como ya no estoy tanto en casa. Pero creo que es mucho más esporádico.

NOVIA: ¿Y tú mientras tanto qué hacías?

HIJO: Mientras... ¿qué?

NOVIA: Cuando veías cómo tu madre era golpeada, ¿cómo reaccionabas?
¿No la defendías?

HIJO: ¿Defenderla? ¿Reaccionar? No, yo no reaccionaba. No podía. Estaba paralizado. Como si tuviera plomo por pies. Durante esos momentos, era como si unos puños gigantes me tuvieran aplastado al suelo. Como si mi cuerpo me pesara el doble. No podía moverme del sitio. ¡Vaya si lo intenté! Imposible. Y cuantos más años he cumplido más desorientado estaba. Desconcertado, ofuscado, aterrado. Hasta que te conocí a ti y rompí con el pasado. Es la razón por la cual no quería que los conocieras. No quisiera que tuvieras relación con ellos, con ninguno, ya te lo he dicho.

NOVIA: ¿Siempre paralizado? ¿Como si te estuvieras moviendo dentro de un

sueño?

HIJO: Pues... sí, siempre. (*Descubre una nueva perspectiva*). Sí, como en un sueño. Eso es, como algo irreal.

NOVIA: ¿Y tu abuela?

HIJO: (*Ensimismado*). Qué.

NOVIA: ¿No defiende a su hija?

HIJO: Chilla todo el tiempo. Está desquiciada. ¿No la viste el otro día? Oye, ¿por qué no lo dejamos ya por hoy? Esto es agotador.

NOVIA: No he acabado todavía. ¿Por qué trataste de aquel modo a vuestra vecina?

HIJO: Se lo merece. Eso y mucho más.

NOVIA: ¿Se lo merece? No es una respuesta.

HIJO: ¿Ah, no? ¿Y la he visto besar a mi madre sí lo es?

NOVIA: Ya. ¿Tan importante es eso? Yo también beso a mis amigas.

HIJO: Como lo hacían entre ellas, no.

Pausa.

NOVIA: No sé... No acabo de... ¿Y la policía?

HIJO: ¿Qué pasa con la policía?

NOVIA: ¿Ha estado muchas veces en tu casa?

HIJO: No, yo no la he visto nunca.

NOVIA: ¿Cómo es posible?

HIJO: No sé... Nadie la habrá llamado. Ya ves que mi padre va y viene a su antojo, y ni apareció cuando tú viniste. A ti no quiere ni conocerte. Tenlo por seguro.

NOVIA: (*Confundida, pensativa*). Eso no es verdad...

HIJO: ¿Qué?

NOVIA: Nada.

HIJO: Creo que últimamente llegaron ellos dos a un acuerdo: mi padre no la tocaría más y nada de él dormir en la casa, y mi madre no lo denunciaba; algo así por el estilo.

Pausa.

NOVIA: Yo no lo veo... No tiene sentido. No lo interpreto así, vaya. Tu conducta no es la normal.

HIJO: (*Sorprendido*). ¿Mi conducta? ¿Qué tiene que ver? ¿Y por qué caben diferentes interpretaciones? ¿Qué es lo que no interpretas? ¿Y cómo?

NOVIA: Nada, o casi nada de lo que has dicho lo entiendo como tú. Bueno, lo interpreto de otra forma.

HIJO: No comprendo a dónde quieres llegar.

NOVIA: Es complejo: préstame atención. Intentaré aclarártelo.

OSCURO.

ESCENA III

MADRE, PADRE. -

En su casa. Luz de atardecer.

MADRE: *(Planchando).* ¿Adónde vas vestido de guardia municipal?

PADRE: De seguridad. Es el uniforme de vigilante de seguridad de mi hermano.

MADRE: Lo que sea. Y además, al completo. *(Por la pistola).* ¿No te irás a meter en un lío?

PADRE: Tranquila... *(Sonríe).* Nada más... Yo... Sustituiré a mi hermano.

MADRE: ¡Casi nada! ¡Estáis locos! Pues no te pareces en nada a él.

PADRE: Tranquila. Es un sitio muy apartado, solitario. Mientras haya alguien en el puesto, nadie notará la diferencia. Estaré solo. Bueno, con *el Cables*, como si lo estuviera.

MADRE: ¿Le pasa algo a tu hermano?

PADRE: Que se ha echado otra novia. Pero dice que esta es la última, que esta va en serio. La cita de su vida, ha dicho.

MADRE: No jugueteéis con el trabajo. Ese trabajo es algo muy serio.

PADRE: Hay juegos peores.

MADRE: No empieces, por favor.

Pausa.

¿Por qué no viniste el otro día?

PADRE: Estuve muy ocupado.

MADRE: No me mientas.

PADRE: No preguntes.

MADRE: Me dejaste sola.

PADRE: No es verdad. Sabes que con una llamada hubiera estado aquí, a tu lado, al minuto.

MADRE: Con condiciones.

PADRE: Con condiciones, sí.

MADRE: ¿No es eso lo mismo que abandonarme?

PADRE: No empieces tú ahora.

Pausa.

Estuve hablando por mi cuenta con la chica.

MADRE: ¿Con Noemí?

PADRE: Con Noemí, sí.

MADRE: ¿Por qué has hecho eso?

PADRE: Lo necesitaba. Ella...

MADRE: *(Lo corta)*. No. No quiero saber nada. No me cuentes nada. Sé que es encantadoramente auténtica. Inteligente, clara y sincera, muy desenvuelta. Y, lo peor, una buena persona.

PADRE: Así es, sí, lo peor. Una pena.

MADRE: Sería mejor si no lo fuera.

PADRE: Más fácil, claro.

MADRE: Es cierto. Sería más fácil. Las cosas se nos complican, cada día más.

Pausa.

Acércate.

PADRE: ¿Cómo?

MADRE: Acércate a mí. Más cerca.

PADRE: ¿Así de cerca?

MADRE: Abrázame, Daniel. Abrázame a traición.

PADRE: No sé qué quieres exactamente.

MADRE: Pareces tonto. Que me abrases por la espalda. Como si quisieras atraparme, raptarme y llevarme muy lejos, hasta dentro de ti. Como si me quisieras hoy y ahora mismo más que nunca. Como si me hubieras querido desde siempre. Sin tiempo para hacer otra cosa. Sin condiciones.

PADRE: ¿Estás segura?

MADRE: Todo lo que puedo estarlo.

PADRE: *(Hace lo que le pide).* ¿Así está bien?

MADRE: Sí, así. Aprieta, aprieta hasta ahogarme, Daniel.

PADRE: Prefiero estrujarte con dulzura. Si alguna me queda todavía.

MADRE: Entonces, bésame.

Ahora ya se miran cara a cara.

PADRE: Eso sí. Cuanto quieras. Mientras aguantemos.

Pausa. Tras besarse.

MADRE: Qué desperdicio de vida. Qué intransigente, despiadada, mezquina, dura.

PADRE: Sí, en todo eso la hemos convertido. Y en cosas peores.

MADRE: Qué mal día tuvo que tener quien nos creara, si algo lo hizo.

PADRE: No culpes a extraños.

MADRE: ¿Para qué nos unimos, Daniel? ¿Para sufrir juntos, para eso nos hemos conocido?

PADRE: Puede ser. O para convencer a otros de lo contrario luchando.

MADRE: Cuánta amargura inútil.

PADRE: Y no, el futuro que nos quede nadie nos lo va a regalar.

MADRE: *(Suspira)*. ¿Habrá algún lugar en el cual se pueda estar a salvo?

Pausa.

PADRE: ¿Qué ocurrió aquí en la casa con la vecina?

MADRE: ¿Qué sabes?

PADRE: Lo poco que he conseguido sonsacarle a tu madre.

MADRE: Con eso ya es suficiente.

OSCURO.

ESCENA IV

HIJA, VECINA. -

Casa de la VECINA. A primeras horas de la tarde, montan un puzle acomodadas en el suelo.

HIJA: Hay algo que no comprendo.

VECINA: ¿Qué cosa, pequeña?

HIJA: Nunca me habían dejado sola, hasta hoy, que yo me acuerde. Siempre con la abuela. Pero como hoy no puede.

VECINA: Te han dejado conmigo, no te han dejado sola.

HIJA: Ya. Pero mi madre vino primero y me dijo: Carolina, hoy tendrás que quedarte buena parte del día con la vecina, porque nosotros vamos a salir con Noemí, la novia de mi hermano, ya sabes, y con Dani, hemos de hacer algo muy importante con ellos dos. Es respecto al casamiento, así es que no te preocupes y pórtate bien.

VECINA: ¿Qué tiene de malo eso?

HIJA: Espera, espera. Luego viene mi padre y me dice: ¿ya te ha dicho tu madre que hoy te quedarás con la vecina? Sí, le respondo. Y él va y me dice: pórtate bien con ella, es muy buena persona; no quiero que luego venga contándome algo que yo no quiera oír respecto a ti. Tu madre y yo tenemos

que hablar de cosas muy importantes con Dani y Noemí y hemos de estar muy tranquilos en la casa. ¿No son dos cosas chocantes? ¿En la casa? ¿O para solucionar cosas fuera? ¿Por qué vecina?

VECINA: Sí, son argumentos contradictorios.

HIJA: ¿Pero por qué vecina?

VECINA: ¿Eh?

HIJA: ¿En qué pensabas, vecina?

VECINA: No, en nada.

HIJA: Entonces respóndeme. ¿Por qué mi madre dice una cosa y luego llega mi padre y va y dice algo que choca con lo de mi madre, si los dos van a hacer lo mismo?

VECINA: Las personas nos equivocamos.

HIJA: Sí. ¿Y quién se equivoca más? ¿Las personas como vosotros o las personas como nosotros?

VECINA: Todos somos iguales, Carolina.

HIJA: Eso no es verdad. Si todos fuéramos iguales, yo no estaría en esa escuela especial con chicos especiales. Estaría en una escuela normal, como el resto del mundo.

VECINA: Es posible.

HIJA: Bueno, pero contéstame.

VECINA: ¿Qué te conteste?

HIJA: Sí, contéstame, contéstame, vecina.

VECINA: ¿A qué?

HIJA: A eso de quién se equivoca más.

VECINA: Ya. Pues... supongo que aquel quien toma más decisiones más se equivoca.

HIJA: Ah, claro. Eso lo voy a apuntar en mi cuaderno mágico. Para que no se me olvide.

VECINA: Aunque hay ideas que no son buenas desde el principio.

HIJA: ¿Qué?

VECINA: No, nada.

OSCURO.

ESCENA V

HIJO, PADRE, MADRE, NOVIA, más tarde, la ABUELA. -

El atardecer va oscureciendo la escena lentamente en la casa de RAQUEL y DANIEL.

Se miran en silencio tenso, que rompe el HIJO.

HIJO: ¿Qué hace ella aquí?

PADRE: ¿Noemí? Nosotros la hemos llamado.

HIJO: ¿Para qué?

PADRE: Para que esté presente.

HIJO: No comprendo. ¿En qué tiene que estar presente?

PADRE: En nuestra conversación.

HIJO: Yo no tengo nada que conversar con vosotros con ella delante. Y ella, tampoco. Vámonos.

MADRE: Hijo, espera.

NOVIA: No, soy yo la que no quiero irme. Quiero enterarme, aclararme con algunas cosas.

HIJO: ¿De qué? ¿Con quién?

NOVIA: Con todos. Suéltame.

PADRE: Ella tiene derecho, debe saber a lo que se va exponer conviviendo contigo. Por su bien. Por el tuyo, por el bien de todos.

NOVIA: Suéltame.

El HIJO le suelta un brazo que le tenía agarrado.

MADRE: Hijo, esto ha de tener un final. No puedes continuar así. Si de verdad la quieres, es necesario también que sepa la verdad.

HIJO: ¿Cuál verdad?

PADRE: La verdad. La única que hay.

HIJO: ¿Qué sucede? ¿Tienes tú ahora la exclusiva de la verdad? ¿O tú, madre?

PADRE: No te va a funcionar eso ya. A partir de hoy el futuro en esta casa, al menos, tiene que ser otro bien distinto del pasado. No lograrás manipularnos, como siempre has hecho. Así es que no retuerzas mis palabras, ni las de tu madre. Ya no podemos más contigo, ninguno de los dos. Y esta chica, Noemí, se merece algo mejor que tú.

HIJO: ¿Quizás a alguien como tú? ¿A un paria? ¿A un don nadie?

NOVIA: ¡Basta, Dani! Deja que hablen.

HIJO: ¡No me llames Dani!

NOVIA: No me grites. Ni una vez más, o será la última.

HIJO: Si te pones de su lado, te arrepentirás después.

NOVIA: No estoy del lado de nadie. Sólo son palabras. Quiero oírlas.

PADRE: Bien. Gracias, Noemí. Como sabrás, no duermo ni casi habito en esta casa. La mía. La razón es tremenda, aunque simple: yo estaba dispuesto, casi desde el principio, a denunciar a nuestro hijo, pero su madre no. *(El HIJO suelta una carcajada, quizás falsa)*. Me fui con mi hermano con esa condición: hasta que su madre no denunciara, yo no volvería. Hasta la fecha, no ha dado el paso. A ella le puede más el amor.

NOVIA: Por favor, ¿pueden explicarse algo mejor?

PADRE: Claro, por descontado. En cuanto nuestro hijo cumplió catorce años, nos anunció que ya era un hombre, y que no permitiría desde entonces atenerse más a nuestras reglas. Horarios, opiniones y demás. *(Con voz más y más temblorosa)*. Nuestros respectivos trabajos, el mantenimiento de la casa,

una especial atención hacia nuestra hija Carolina..., hizo que no le diéramos demasiada importancia a su anuncio. Conocemos el tópico, pero no por ello menos cierto: la adolescencia es una edad muy difícil, muy complicada, todos la hemos pasado. Obramos mal, muy mal. Las consecuencias las estamos pagando desde entonces. Bueno, su maldad empezó mucho antes.

La vergüenza, el sudor, un nudo en la garganta y algunas lágrimas no le permiten continuar.

MADRE: El chico siempre tuvo un carácter violento. Mucho antes de eso, y para salirse con la suya, así de simple, ya agujereaba las puertas a puñetazos, aun con los dedos sangrando.

NOVIA: ¿Qué está diciendo, Raquel?

MADRE: Golpeaba lo que tuviera más a mano, sin importarle contra qué lo hacía. Hasta que llegó un día en que las paredes, los muebles o las puertas no le eran suficiente.

HIJO: Tú tienes una pesadilla despierta.

MADRE: ¿Vas a decirme que estoy exagerando? ¿Que no he sufrido yo esos golpes tuyos que luego justificabas como accidentales dentro de un ataque de furia? ¿No has derramado lágrimas arrepentido sobre mi pecho, y hasta la próxima? ¿Quieres que entre en detalles? ¿Lo quieres? ¿De verdad vas a decirme que estoy exagerando?

HIJO: No, voy a decirte que mientes. Que eres una mentirosa. Que es él, tu querido marido, quien te ha maltratado durante toda vuestra convivencia y tú,

en tu no aceptación de ese hecho, seguramente, has inventado o estás inventando que era yo el responsable de semejante atrocidad.

PADRE: Eres un desalmado, hijo.

HIJO: Sois unos ignorantes. El mundo no es blanco o negro solamente. De un mismo acontecimiento, se pueden extraer diversas interpretaciones. Cada persona extrae su propia enseñanza y, para comprenderlo, lo interpreta a su forma. Lo... ¿No es así, Noemí? Tú misma me expusiste esto la otra tarde.

NOVIA: Yo nunca quise expresarte eso. Ni como tú lo expones.

HIJO: Es la alternativa, la evolución, el cambio.

NOVIA: Jamás quise decirte eso. Estás tergiversando mis palabras; las interpretas, pero las adaptas a tu interés exclusivamente.

PADRE: Como ha hecho siempre.

HIJO: O sencillamente, madre, has estado autolesionándote para llamar la atención. También podría explicarse así tu conducta.

NOVIA: Yo, no...

MADRE: Cómo puedo haber parido a alguien tan cruel. Me dueles más tú que tus golpes. Yo juro por estos pechos que te amamantaron. Por ellos, que abrieron tus ojos el camino a la luz del sol...

HIJO: Estos pechos te amamantaron. Estos pechos te amamantaron. Sólo te falta decir que tu coño fue mi ventana a la vida. Eres patética, y cursi.

NOVIA: No te reconozco.

PADRE: Daniel, Daniel, maldito nombre. Maldigo el día en que te vi nacer, tan ilusionado.

HIJO: ¡Odio ese nombre! ¡Odio ese nombre!

NOVIA: *(Grita)*. ¡No grites más! ¡Todos podemos hacerlo!

Silencio.

Pausa, en que el HIJO mira sorprendido a la NOVIA.

PADRE: Has destrozado la vida de tu madre, la mía, la de tu abuela, la de cuantos te querían, la de cuantos tenías alrededor. Quiero pensar que eres un pobre enfermo, que no sabes ni lo que haces. Aunque lo dudo, sinceramente. Pero te hemos dado tantas oportunidades.

HIJO: ¿Oportunidades? ¿Quiénes os creéis que sois vosotros para dar oportunidades?

NOVIA: Calla, Daniel, calla, por favor.

PADRE: Ya no hemos sabido adonde más llevarte, adonde más acudir. A quién consultar. Y ahora vas diciendo, indolente pedazo de cabrón sin escrúpulos, que he sido yo quien ha maltratado a tu madre. Cuando he estado sometido: media vida llorando por ti y la otra media, que vale por cuatro vidas tuyas, por ella, por tu madre, por su sufrimiento. Ella es todo cuanto he tenido y voy a tener de auténtico valor en este puto mundo de rencor y miedo que tú has ido creando a tu alrededor sin importarte una mierda a quién perjudicaras. Y ahora, ahora convences a esta pobre chica para tenerla a tu lado, de tu lado,

seguro que para amargarle la existencia como has estado haciendo con todos nosotros. Para utilizarla.

HIJO: Si lo que persigues es que me sienta culpable de algo, no lo vas a conseguir, Daniel.

PADRE: No, ya lo sé. La culpa es un mérito de la conciencia. Y tú no tienes ninguna.

NOVIA: Para mí esto empieza a ordenarme las ideas. A abrirme del todo los ojos. Pero no esperaba...

HIJO: No te dejes convencer.

PADRE: Os pido perdón de antemano por lo que voy a confesaros. A todos, a ti también, hijo.

Pausa.

Estuve tentado de robarle la pistola a mi hermano.

MADRE: ¡Daniel!

PADRE: Traerla hoy y descerrajarte un tiro en las entrañas. No estaba en mi ánimo matarte, eso no. Mi intención era acabar con este martirio hiriéndote. Por un instante de falsa lucidez, pensé que era la solución perfecta. Disfruté de un momento de dicha infinita, os lo confieso. Unos segundos de profundo y equivocado convencimiento, pero ¡felices segundos! Hiriéndote, tú desaparecerías del horizonte de nuestras vidas un tiempo. Y todos nosotros podríamos respirar paz. Descansar un poco. No ansiamos otra cosa.

Durante una pausa, la MADRE se acerca y acaricia al

PADRE.

PADRE: Cuando abandoné esa loca idea, y con la razón instalada ya de nuevo en mi mente, sopesé mis propios pensamientos, y me estremecí. No es necesario ser muy listo, para reconocer que ese acto de locura hubiera acarreado unas consecuencias más desastrosas e imprevisibles que las razones que me impelían a realizarlo. Una debilidad que yo mismo no me podré perdonar nunca. Desgraciadamente, hiriéndote a ti, hubiera herido también a todos y cada uno de nosotros. Espero que consigáis perdonarme. No sé si tú, hijo, llegas a comprenderme; aunque a la vista de tu expresión, deduzco que mantienes lejos y a recaudo tus reflexiones, como siempre.

MADRE: No lo provoques, Daniel.

PADRE: Por mi parte, puedes darte por disparado y herido. De todas formas, hoy, en cuanto salga de casa, formalizaré la denuncia que debí realizar hace muchos años, por encima de la opinión de tu madre. Ella terminará reponiéndose, nos repondremos todos.

HIJO: ¿Pensaste en esta pistola?

La NOVIA, aterrada, ahoga un grito cuando el HIJO saca el arma de un bolsillo.

HIJO: Ya ves, siempre he ido por delante de ti, padre. Mientras tú lo meditabas, y llegabas a un acuerdo o no con tu gran conciencia, yo lo llevaba a la práctica. He traído esto para defenderme de tus atropellos; así de simple, también. Habéis estado insultándome sin piedad, acusándome de maltratar a mi madre;

convirtiéndome en un monstruo insensible frente a la mujer con la que me voy a casar. Eso no lo puedo consentir.

MADRE: Eres demasiado joven para ser tan cínico.

La NOVIA va a decir algo pero decide callarse.

El HIJO juega con la pistola apuntando alternativamente al

PADRE y a la MADRE.

HIJO: Se siente uno poderoso teniendo esto en las manos. Se sabe que la voluntad de los otros la tenemos a nuestra merced.

PADRE: ¿No vas a disparar?

MADRE: Daniel...

PADRE: No te preocupes, no tiene cojones. Su norma es atacar a traición.

NOVIA: Por favor, por favor.

HIJO: Contra ti no tengo nada.

NOVIA: ¿Y eso que más da? Dani, deja...

HIJO: *(Apuntándole con el arma).* ¡No me llames Dani! ¡No me llamo así!

NOVIA: Está bien, está bien. Pero deja... deja la pistola en el suelo.

HIJO: No la he traído para dejarla en el suelo. No te confundas.

Apunta al PADRE.

MADRE: *(Interponiéndose en la trayectoria).* Dispara, Dani.

NOVIA: Estáis todos locos. (*Pretende arrebatarse la pistola al HIJO*). Dámela.

Dámela, te digo.

Entra la ABUELA con bolsas de compra.

ABUELA: ¿Qué...? No seas estúpido, Dani. Será tu perdición si haces una barbaridad. La perdición de todos.

*Forcejean entre la ABUELA y la NOVIA para quitarle el arma al HIJO. Este las empuja con fuerza y ambas quedan en línea, al igual que la MADRE, en el hipotético trayecto de la bala hacia el PADRE. (En este orden: NOVIA-ABUELA-MADRE-PADRE). Ninguno se mueve. El HIJO alza el brazo con la pistola, **OSCURO** y disparo atronador en la oscuridad.*

*Un interminable **OSCURO**.*

ESCENA VI

VECINA, HIJA, PADRE, MADRE, ABUELA y, más tarde, **NOVIA**. -

En casa de RAQUEL y DANIEL, la VECINA y la HIJA arman el mismo puzle de antes, ahora sobre la mesa.

Luz de sol.

VECINA: Esa pieza no va ahí, Carolina.

HIJA: ¿Ah, no? Entra perfectamente.

VECINA: De casualidad, o porque la estás forzando. No te apresures. Observa las que le rodean. Si colocamos aquí esta, tendremos que pensar en mover también estas dos. Y entonces nada encajará. Trabajo perdido.

HIJA: Sí, es verdad. Son tan parecidas.

Entran el PADRE y la MADRE.

HIJA: Hola, papá. *(Besa a ambos).*

PADRE: Hola, hija. ¿Te has portado bien? Hola, vecina.

HIJA: Que te lo responda la vecina.

VECINA: Claro que sí. Perfectamente.

MADRE: ¿Le ha sucedido algo? ¿Alguna novedad?

VECINA: Ninguna. Todo bien. ¿Y vosotros?

MADRE: De momento. Todo... encarrilado.

HIJA: ¿Y Dani?

MADRE: ¿Dani?

Silencio.

PADRE: Se ha quedado con la policía.

HIJA: ¿Por qué? ¿Quiere ser policía?

PADRE: No, no quiere ser policía.

Pausa.

MADRE: Carolina, estarás, estaremos un tiempo, posiblemente largo, sin ver a Dani aparecer por casa. Quizás lo eches de menos, pero... ya hablaremos, hija.

HIJA: ¿No se va a casar?

MADRE: No, de momento.

HIJA: Ya. Yo sé que Dani ha hecho cosas malas, mamá. Te empujaba cuando quería algo y tú le decías que no. Es un poco bestia. Y también sé que papá se marchó de la casa y se fue con el tío porque había algo que no podía soportar. Yo he decidido que cuando sea mayor no quiero tener hijos.

MADRE: Para cuando tú vayas a ser mayor, y puedas tener hijos, el mundo y la gente habrá cambiado más todavía que ahora, tú notarás ese cambio; entonces ya decidirás lo más conveniente para ti.

HIJA: Una profesora mía dice que el mundo cambia constantemente, pero que las personas no.

PADRE: Esa profesora tuya bien podría estar equivocada. Aunque nos cueste un esfuerzo, las personas también cambiamos, te lo aseguro.

HIJA: Es posible. Se lo diré.

VECINA: Mira, Carolina. Esta pieza también estaba mal colocada.

HIJA: ¿Cuál? Ay, sí.

Continúan hablando sobre el puzle, sin oírseles.

El PADRE y la MADRE se apartan de ellas.

Se miran en silencio. Ambos deciden hablar al mismo tiempo, atropellan sus palabras, y callan.

PADRE: Yo, Raquel...

MADRE: Calla, no hay excusas, no digas nada... Esto es insoportable.

PADRE: E irremediable.

Pausa.

MADRE: Se lo dijiste, ¿verdad, Daniel?

Silencio.

No me ocultes algo así. Tengo derecho a saberlo. ¿No crees?

PADRE: Eras tú la indicada para llevarlo a cabo. No hacías ni lo uno ni lo otro; y el tiempo no pasa en balde, Raquel.

MADRE: Porque algo me decía que no estaba bien. Que no era razonable, ni humano. Que nuestra trampa era cruel.

PADRE: Y su comportamiento, ¿sí era el indicado para un ser humano? ¿El propio de un hijo?

MADRE: No, tampoco.

PADRE: ¿Entonces?

Pausa.

MADRE: No lo sé. No lo sé. Tiemblo solo de pensar que la cárcel de nuestro hijo será mi liberación, nuestra liberación, porque no es cierto. Si anteriormente nuestra vida era dolorosa y frágil, a partir de hoy será confusa y amarga.

PADRE: No es una cárcel.

MADRE: Lo más parecido.

PADRE: Saldrá curado.

MADRE: Si sale.

PADRE: De él depende. De nadie más.

Entra la ABUELA con un paquete envuelto con un papel de vivos colores.

HIJA: ¿Ha llegado? ¿Ha llegado ya? ¿Es eso, abuela?

ABUELA: Sí.

HIJA: ¡Bien! Dámelo.

ABUELA: Hola, vecina. Primero dame tú a mí un beso, Carolina.

La HIJA le da su beso a la ABUELA y esta le entrega el paquete y se une al PADRE y la MADRE.

La HIJA, junto a la VECINA, rompe nerviosa el papel y saca un nuevo puzle.

HIJA: ¡El último puzle! Es el que quería. Lo vi en el escaparate. Este tiene muchas más piezas. Lo he escogido yo.

VECINA: Es muy bonito, y tiene toda la pinta de ser complicado. Un reto.

Cuando decidas comenzar, cuenta conmigo.

Siguen hablando entre ellas.

ABUELA: ¿Estáis bien?

MADRE: Qué pregunta, mamá.

ABUELA: Lo siento, me he equivocado haciéndoosla. Tienes toda la razón.

Pero no vayas ahora a pagar tus remordimientos conmigo, ni contigo misma. Ni con nadie...

MADRE: Remordimientos...

ABUELA: Es así como se llama a ese runrún del estómago que recuerda al hambre, ¿no?, aunque es hambre de otra cosa, no de comida.

MADRE: Calla, mamá.

ABUELA: No me mandes callar. Además, quiero, necesito verte los ojos.

MADRE: ¿Ahora? ¿Necesitas verme los ojos ahora mismo?

Mira fugazmente a la ABUELA.

ABUELA: Olvídalo.

Larga pausa durante la cual la ABUELA no sabe cómo abordar su pregunta.

¿Llegasteis a proponérselo o no hizo falta tentarlo?

Silencio.

¿No contestáis?

MADRE: Hizo falta. Claro que hizo falta. Qué revés tan grande.

ABUELA: ¿Quién?

Pausa.

¿Quién?

PADRE: Yo, Isabel. Yo di nuevamente el paso último.

ABUELA: Mal, muy mal. Debiste esperar a que su madre se decidiera.

Mañana, cuando se sienta desolada, podría culparte a ti de su desdicha.

Deberías haber esperado.

PADRE: ¿A qué? ¿Cuánto, Isabel?

ABUELA: Cuanto hiciera falta. La mayor perjudicada era ella, como mujer y como madre.

PADRE: Los padres también contamos. También amamos y también sufrimos.

Al cincuenta por ciento.

ABUELA: Algunos, no tanto.

PADRE: Esto no es un juego de cálculo.

ABUELA: No. Es un juego de vida. De perversa vida.

MADRE: Callaos los dos. Con vosotros charloteando, no puedo oír nada.

Miran en derredor. Aunque no saben qué buscan.

PADRE: Está todo en silencio, Raquel.

MADRE: Bueno, pues necesito paz, para pensar.

Se aparta un tanto de ellos dos.

ABUELA: ¿Cómo lo hiciste, Daniel?

MADRE: (*Aparte*). Debería sentirme menos pesada, como si ya me hubiera despojado definitivamente del yugo que he llevado durante estos años. Sin embargo, el peso continúa siendo el mismo. He cambiado uno por otro, nada más. No podré perdonarme.

PADRE: Lo planeado. Bastó amenazarlo con que si volvía a tocar a su madre le sacudiría un tiro con la pistola de mi hermano para que pensara en ella. El manipulador manipulado.

MADRE: ¿Qué hemos hecho, Daniel?

PADRE: ¿Qué?

MADRE: ¿Te das verdadera cuenta de lo que hemos hecho? ¿La farsa que hemos montado entre los tres para conseguir alejar a nuestro hijo de nosotros?

PADRE: Sí, simular, como él. Con una diferencia: nosotros, un rato; él, toda su vida.

ABUELA: (*A la MADRE*). No te martirices. No te gustará lo que vas a sacar en limpio.

MADRE: Me pregunto, si en el fondo, no estaremos hechos de la misma pasta que él. Quizás los tiranos no tengan conciencia, pero quizás no sean conscientes de ello. Nosotros... sí. No sé si a nuestra forma, lo habremos maltratado también. Y no nos hemos conformado con Dani, la hemos inmiscuido también a ella. Una desconocida.

PADRE: Lo sabíamos, ya de antemano.

MADRE: Algo nos falló. Siempre hay algo que falla en estos sucios planes.

Noemí se interpuso entre nosotros sin saber con qué estaba cargada el arma. Esa chica se arriesgó y hubiera dado su vida por otro ser humano que apenas conocía.

PADRE: Es verdad. Si la bala no hubiese sido de fogueo..., tan falsa y tan resbaladiza como las mentiras de nuestro hijo.

ABUELA: Tranquilizaos. Solamente queríamos un testigo... Ya está.

PADRE: Para la hipotética bala que saldría por la ventana.

ABUELA: Ya está hecho.

MADRE: No está, no está. Nada ha terminado. Nos aplastará el recuerdo.

Alguien que es capaz de cosa semejante, creo que se merece una explicación de la auténtica verdad.

PADRE: Nos apresarán.

MADRE: Ya estamos presos.

Pausa.

PADRE: De acuerdo. La hemos utilizado, como a un trapo viejo.

MADRE: Le tendimos una trampa a él, pero ella es la más perjudicada.

PADRE: En realidad, la misma trampa cuyos dientes nos han alcanzado a todos al cerrarse.

MADRE: No hemos jugado limpio con nadie. Pagará ella las culpas de otro.

PADRE: Sí, sí, cierto. Es necesario..., es nuestra obligación llamarla; y con urgencia. Si ello ha de dejarte tranquila.

ABUELA: Antes de empezarla, ya se acabó la vida en esta casa. ¿Quién deseará vivir después de esto?

La HIJA y la VECINA hace un rato que ya están quietas y silenciosas, como “congeladas” sobre su puzle.

Suena el timbre de la casa. Los tres se quedan paralizados.

Se miran con temor entre ellos.

Vuelve a sonar el timbre.

MADRE: ¿Quién...?

ABUELA: ¿La policía?

PADRE: Quien sea. Hay que abrir.

MADRE: Hazlo tú, por favor.

El PADRE sale unos segundos y al poco entra la NOVIA con una rosa blanca. Camina seguida por él.

Cohibida, extiende hacia la MADRE la flor.

NOVIA: Hola.

Hablan atropelladamente.

MADRE: No puedo aceptar un regalo tuyo. Ni un detalle. No lo merezco. Te he traicionado.

PADRE: Te hemos traicionado entre los tres.

ABUELA: Sí, hija. Tenemos mucho que explicarte.

PADRE: Hay mucho de lo que hablar.

MADRE: Y mucho de lo que disculparnos.

La NOVIA sonrío apocadamente. Observa a los tres, uno a uno, quienes están frente a ella.

Se lleva la flor a la nariz y aspira profundamente.

Al igual que la VECINA y la HIJA, los cuatro se quedan quietos, estáticos, congelados mientras lento, muy lento, se

produce el

OSCURO.